

Mis Queridos Alumnos y Profesores de la Familia que formamos el Colegio Monte Tabor, especialmente querida Familia de Álvaro:

Nos hemos reunidos aquí en la capilla del colegio para celebrar una Misa en la que queremos despedir a Álvaro y rendirle un homenaje y para acompañar y cobijar como colegio a su familia.

Estamos todos conmocionados con la muerte tan brutal y violenta que ha sufrido Álvaro y por eso tenemos un dolor muy profundo en el corazón. Es una mezcla de pena, tristeza, rabia, impotencia, ganas de venganza. La mejor manera de asimilar este impacto tan fuerte es haciendo lo que hemos hecho desde el primer momento, unirnos en oración y canalizarlo hacia Dios. El dolor compartido entre hermanos y ofrecido a Dios se hace más llevadero. No queremos responder con violencia, no queremos venganza. La única venganza del cristiano es la de responder con el Bien a quién tanto mal nos ha hecho, con Amor al odio. El la cruz Jesús nos invitó a perdonar a nuestros enemigos, perdonando a sus propios verdugos: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen.”

Si hay algo de lo cuál podemos estar seguros los cristianos es que la muerte no tiene la última palabra. Nuestro amigo Álvaro, a quién se le ha arrebatado la vida violentamente no ha muerto, vive para siempre, está ya en el lugar que Cristo le había preparado desde toda la eternidad. La muerte nos es el final, es el inicio de la vida eterna, de la felicidad duradera. Podemos tener la certeza de que Álvaro está más vivo que nunca, está en el mejor lugar en el que se puede estar.

Un alumno de este colegio como vosotros, que se levantaba todos los días para venir al cole con sus deberes hechos o no hechos, con el examen que tocase estudiado o no estudiado, que se sentaba en clase en un pupitre como el vuestro, que compartía con vosotros los pasillos y los patios de este centro, que bromeaba con todos, fuesen de su clase o de otros cursos, ese Álvaro sonriente que hemos conocido aquí ya está en el Cielo. Podemos tener la certeza de que tenemos un amigo en el cielo y que desde el cielo nos sigue sonriendo con esa sonrisa de oreja a oreja que le caracterizaba. Con lo movido que era, no me cabe duda de que ahora en el cielo se moverá por su familia por lo suyos.

Álvaro tenía muchos talentos. Era un chico muy simpático y alegre. Tenía muchos amigos y era muy amigo de sus amigos y quería mucho a su familia. Era un chico muy normal, le gustaba el deporte, salía a divertirse con sus amigos y también creía en Dios, hablaba con Él y se confesaba de vez en cuando. Era inteligente, ordenado y tenía buena letra, pero como a muchos de vosotros le costaba estudiar, porque le daba pereza. Sin embargo se estaba esforzando mucho y estaba intentando estudiar más. De hecho estos últimos exámenes los quería aprobar todos para ofrecérselos a su madre. Álvaro no tuvo una vida fácil y lo paso muy mal con la muerte de su padre, pero poco a poco salió adelante y ahora estaba en el mejor momento de su vida. Así le recordaremos siempre.

El mejor homenaje que le podemos rendir a Álvaro es el de prolongar su sonrisa y guardar sus talentos como un tesoro en nuestro corazón. Eso es lo que vamos a llevarnos al cielo, las sonrisas, la familia, los amigos verdaderos, el amor, el esfuerzo por aprovechar nuestras capacidades para el Bien, la esperanza, la fe en un Dios que es un Padre bueno, que nos comprende y nos ama incondicionalmente. En el cielo, reconoceremos a Álvaro en su cuerpo glorioso y nos reencontraremos allí con él, con

nuestra familia y nuestros amigos. Nuestro mejor homenaje a Álvaro es nuestra unidad y nuestra respuesta de Amor. Sólo ofreceremos amor y perdón.

Cuando nos preguntemos, ¿Dónde está Álvaro?, ¿Dónde se ha ido?, ¿Me escuchará?, ¿Me verá aunque no le vea aunque y no le pueda tocar?, podemos tener la seguridad de que está en la Eucaristía, en la oración. Allí se hacen presentes Cristo y su madre María, junto a ellos está también Álvaro. Se trata ahora de descubrir su nueva presencia entre nosotros, se trata ahora de aprender a comunicarse con él de otro modo. Jesús ha vencido la muerte. Por su cruz somos llevados a su gloriosa Resurrección. ¡Álvaro vive para siempre! Amén

P.Juan Barbudo Sepúlveda
Capellán del Colegio Monte Tabor